

EL ARTICULO TITULADO **LA BEATRIZ DEL DANTE** QUE ESCRIBIO EL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT, SIENDO PUBLICADO EN **LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, DEL 8 DE OCTUBRE DE 1887.**

Junio 2019  
Ramón Freire Gálvez.

## LA BEATRIZ DEL DANTE.

### I.

Hay nombres que resuenan en nuestro oído como una música conocida sin que podamos precisar las notas, que nos son familiares sin tratar íntimamente a los que los llevan, que hacen nacer la compasión, la simpatía y el entusiasmo por los ecos que levantan en torno nuestro.

Este fenómeno, que podemos llamar psíquico-imaginativo, se da de un modo más acentuado y profundo con los personajes creados por la fantasía del poeta y del artista que con los seres reales; y hasta tal punto llega la intensidad de la posesión, que cuando algún escoliasta atrevido, compulsando datos y textos, llega a reconstruir la historia de alguno de esos héroes famosos, o a despojarle de sus lineamientos peculiares, volvemos los ojos a la crónica y a las leyendas, y nos resistimos a dar crédito a las más patentes afirmaciones.



Safo será siempre la amante despreciada que se arroja al mar desde la roca de Léucade; Mesalina, la personificación del vicio, que se alumbra con el candil luponario; Juana de Arco, la expresión del místico entusiasmo; Eloísa, el símbolo del deseo inextinguible, y Beatriz, Eleonora y Laura, la eterna trinidad de los castos arroabamientos.

¿Fueron, sin embargo, tales como han llegado a nosotros? ¿No podemos ver en Safo la erótica vulgar a quien picaron los desdenes de cualquier mercader de pieles de lobo? ¿No podemos hallar en Mesalina la víctima de un feliz epigrama? ¿No nos es dado ver en la doncella de Orleáns una exaltada histérica? ¿No es fácil asegurar que se extremaron las calumnias contra la ardorosa discípula de Abelardo, y que las figuras retóricas cubrieron como gasa de oro las debilidades de las amadas del Tasso y de Petrarca?

Asunto es este que merecería largo estudio y que no estamos dispuestos a afrontar; es el caso que esas hermosas imágenes se nos presentan a través

de los siglos ocupando cada cual su lugar en la escala de la pasión, de la locura o del heroísmo, y hemos de aceptarlas tal como nos las ofrecieron.

En la encantadora trimurti que hemos citado, destaca en primer término por su pulcritud y pureza *la creadora bella blanco vestita*, la ideal Beatriz, musa indiscutible del Dante.

*Aquella dama que el Amor le anunciara en el camino de los suspiros*, aparece siempre en sus versos rodeada de un celeste nimbo de luz, envuelta en vaporosos paños, flotando sobre el haz del abismo y sobre el lodo terreno. Dante no se deleita como Petrarca en describir las gracias carnales de su amada, ni cubre de maliciosa manera el deseo que tiene de volver a estrechar su mano; él, cuya suprema dicha era conseguir el saludo de Beatriz, no se hubiera atrevido a soñar que podía llegar a tal punto.

Admira, al recorrer *La Vita Nuova*, que algunos tachan de obra pueril y pesada, la delicadeza suma que ha presidido a su factura. Es un cándido idilio, en el que parece que se huye de todo lo carnal y corpóreo y se busca todo lo intangible e inmaterial. A juzgar por sus versos, Beatriz es algo como espíritu y luz, carece de esas líneas que palpitán en las *canzones* y en las *lamentaciones*, se esfuma en un cielo sin nubes, está privada de la incitante curva y de la forma turgente, como las Concepciones de Murillo sólo nos muestran el rostro, espejo del alma y sello de la individualidad.



2

Dante, contemplando a su Beatriz, parecía decir como el extranjero de Cantinea a Sócrates: «¡Cuál no sería el destino de un mortal a quien fuese dado contemplar la belleza sin mezcla alguna, en su pureza y simplicidad, no revestida de carnes ni de colores humanos, ni de todos esos vanos adornos condenados a perecer!»

Petrarca, que compartió con el amante de Beatriz la fama de enamorado platónico, sin duda porque aprendió en sus sonetos esa delicadeza poética que los convierte en amorosas y castas jaculatorias, está muy lejos de asemejársele. Laura, objeto de su amor, es menos ideal, menos virgen, menos celeste; y en cuanto a las explosiones de la pasión de Petrarca, revelan a la simple lectura una finalidad más positiva. Si es cierto que tanto Dante como Petrarca abren al fin y al cabo su corazón a los deseos carnales y llegan a desposarse con otras mujeres, hay que notar en el primero que su culto hacia Beatriz es mientras vive respetuoso é invariable; mientras que en Petrarca cambia con facilidad de modo y se apasiona y desapasiona a pesar de existir el ídolo adorado.

No hay ni un solo soneto en las páginas de *La Vita Nuova* en el que se deleite el poeta en enumerar las bellezas físicas de su amada, ni en el que se recrea contemplándolas con entera posesión de sí mismo. « ¿A qué fin has

puesto tu amor—se pregunta—en persona cuya mirada no pueden soportar tus ojos? ¿Por qué si oso levantar á ti mis miradas desfallezco y muero?» No ocurre



lo propio al Petrarca. Laura de Noves, tan ideal, tan pura, tan casta como nos la pinta la tradición, levanta en el amigo de Boccacio el deseo y los celos, y le hace temblar y estremecerse de bien distinta manera. Lamartine cree que Petrarca, como aquellos enamorados paladines a quienes procuró sobrepujar nuestro andante Manchego sublimando á Dulcinea del Toboso, escogió en la sociedad que le rodeaba una dama de sus pensamientos con la cual pudiese cumplir las leyes de la galantería; pero a nuestro juicio le delatan sus propias confesiones. «Bajo la mentida calma de mi rostro y de mis palabras—dice en uno de sus sonetos— es fácil descubrir la llama que me consume.»

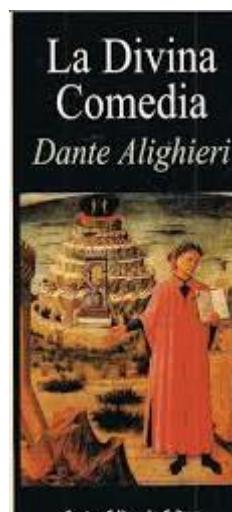
El efecto que le producían las gracias corporales de su amada se revela claramente en estas frases delatoras de su pasión, que acaso provocaron las iras del esposo de Laura: «Temía encontrar a Laura como el piloto teme encontrar el escollo; sentíame morir cuando miraba aquella cabellera de oro, aquellas perlas que rodeaban su nevado seno, aquellos hombros, aquellos ojos cuya irradiación no puede obscurecer la noche de la muerte.»

No hay en los amores del Dante, contados por él mismo, una sola nota que recuerde el predominio de la belleza terrena. La belleza moral, cuya suprema forma es la virtud, le fascina, le compenetra y le inspira sus más ardientes deliquios. Con razón dice el celebrado critico inglés Lord Macaulay que Dante, por una confusión semejante a la que se produce en los sueños, olvidó a veces la naturaleza humana de Beatriz, y aun su existencia individual, para considerarla sólo como un atributo divino.

Bajo ese punto de vista puede considerarse principalmente la Beatriz del vate italiano. Gustavo Doré, ese soñador del escorzo y del desnudo, debió sufrir grandes torturas al ilustrar *La Divina Comedia*, para encontrar las líneas reposadas, severas y majestuosas de aquella figura ideal y casi ultraterrena. La realidad de la dama florentina sólo era un pretexto, una fórmula plástica, una silueta humana demandada por el afán incesante de los sentidos; la forma única, el ideal supremo de Beatriz sólo existía en el cerebro del Dante.

## II.

Hojeemos *La Vita Nuova* para sorprender las intimidades de aquellos amores, que más que idilio infantil parecen una parábola mística.



*Incipit vita nuova*, como dijo el poeta; nueve vueltas totales había dado la esfera celeste desde que nació, cuando por vez primera apareció a sus ojos la gloriosa dama de sus pensamientos.

Es esta nota de sus memorias infantiles la más simpática y delicada, y la misma candidez con que está escrita le presta inexplicable encanto. No había transcurrido del tiempo de la vida de Beatriz más que lo que tarda la misma

DOVER THRIFT EDITIONS

DANTE  
LA VITA NUOVA  
UNABRIDGED



bóveda celeste en caminar hacia el Occidente, la duodécima parte de un grado; tenía nueve años; su aspecto era noble y sencillo; vestía traje de color rojo; iba ceñida honesta y graciosamente; sus encantos juveniles se revelaban en la ligereza de aquellos atavíos primorosos.

firmemente a prestar a la encantadora niña completa obediencia.

El recuerdo de esta primera entrevista permaneció siempre tan fijo en la mente del poeta, que aun en sus últimos años venía a acariciarle como un motivo melodioso. A ella se refería sin duda cuando dice en *El Paraíso*:

«Cosí dentro una nuvola di fiori  
Che dalle maní angeliche saliva,  
E ricadeva già dentro e di fiori  
Sobra candida vel cinta d'oliva,  
Donna m'apparve sotto verde manto  
Veslita de color de fiamma viva.»

La segunda vez que la vio era la hora de nona, y Beatriz, vestida de blanco, caminaba entre dos gentiles doncellas. El poeta había expresado ya su pasión en ardientes y respetuosos versos, y sus relaciones con la noble familia Portinari, a la cual pertenecía la púdica virgen, hicieron que esta le dirigiese amistoso y expresivo saludo. Aquel saludo fue otra de las supremas notas da la fantasía amorosa del valle florentino.

Con aquel saludo se había forjado la cadena misteriosa que le unía á Beatriz para siempre; aquella leve muestra de amistad había colmado todas sus aspiraciones, lejos de él toda idea pecaminosa y todo pensamiento profano, se deleitaba en recordarla y no se atrevía a hacerlo de nuevo por no morir de felicidad.

Cierto día la volvió a hallar en la iglesia de Santa Croce; el templo estaba lleno de gente, y Beatriz, arrodillada entre las hermosas hembras de Florencia, dirigía al Señor sus preces con viva religiosidad. Dante, ávido de contemplarla, no se atrevía a dirigir hacia ella las miradas, y procuró colocarse de modo que entre él y su hermoso objetivo se interpusiese otra dama, a la que miraba, para poder disimular sus amantes deseos; siempre tuvo estas cándidas reservas, y de tal modo se acostumbró a ver en otras a su amada, que un día que se propuso escoger sesenta nombres de damas florentinas para poder colocar entre ellas como principal capullo del galante ramillete el nombre de Beatriz, halló tales dificultades en la rima, que tuvo que ponerlo en noveno lugar.

El número nueve juega gran papel en estos extraños amores, que tienen algo de cabalísticos y de simbólicos. Nueve años contaba Beatriz cuando inspiró sus primeros arrebatos al joven Alighieri; a la hora de nona la vio por segunda vez; en el acontecimiento más nefasto figuraba también el número nueve; Beatriz entregó su cuerpo a la tierra en el noveno día del mes y en el mes nono del año, contando a la manera siriaca.

Refiriéndose a estas últimas combinaciones de cifras, Dante asegura que dicho número era ella misma; esto es, que siendo tres múltiplo de nueve y el nueve número por excelencia, supuesto que en él se contiene la trinidad, Beatriz era una emanación milagrosa y divina. Tales extravagancias, a que le impulsaban sus estudios profundos en filosofía y teología, llenaron muchas páginas obscuras de sus obras que en vano quisieron explicar con nuevas argucias sus muchos comentadores.



Pero no salgamos del idilio amoroso. Ni Dante, en su *Vita Nuova*, ni los que nos dieron detalles de su accidentada existencia, penetran en las intimidades de aquel primer amor en lo que toca a la correspondencia que Beatriz diese a pasión tan mística y romancesca. Muéstrase siempre la *bella creatura* como separada del amante por un arroyo de límpida pureza; hay algo que les impide acercarse el uno al otro; cuando la casualidad los reúne, ella permanece indiferente y él desfallece; no hay posibilidad de que sus cuerpos se reúnan sobre la tierra.

El saludo de Beatriz es para Dante tan valioso, que forma el tema de muchas páginas y de muchos sonetos de estas sus memorias infantiles: «Bellas damas, el fin de mi amor se cifra en el dulce y cariñoso saludo de mi amada y es el término y colmo de mis deseos.»

Cierto día Beatriz, influida por los consejos de sus amigas, que la convencieron de que Dante la había sido infiel haciéndole el amor a otra dama, le negó aquel sencillo y para él precioso don, en el que el enamorado poeta tenía sus más dulces delectaciones. La hermosa hija de los Portinari no sabía que su amado solía cortejarla *por tabla*, es decir, haciendo la corte a otras para

disimular su pasión por ella, y hubo de hacerle víctima de sus desdenes. Dante se quejó amargamente, pero fueron inútiles sus quejas. Beatriz, mujer al fin, aunque la divinizase su amante, no le perdonó nunca aquellos sutiles dualismos.



Privado Dante del saludo dé la joven, se afligió tanto que huyó de las gentes, se abismó en sus dolores y buscó los sitios más retirados y solitarios. Allí escribía sus amorosas baladas: «Balada mía, ve en busca del Amor, y preséntate con él a mi señora, a fin de que cantando tú para disculparme, le hables con su ayuda en favor mío.»

No cuenta Dante si estos cantos ablandaron los rigores de Beatriz, ni si volvieron a reanudarse sus cándidas benevolencias; pero es el caso que él siguió admirándola, y que tuvo de nuevo ocasión de hallarse a su presencia. También cuenta con vivos colores este encuentro, que a juzgar por las circunstancias que en él concurrieron, más parece buscado por Beatriz que solicitado por el soñador mancebo.

Con ocasión de ciertas bodas, convidáronle á una reunión, donde sin esperarlo encontró a su dama. «Hube de apoyarme en un friso, dice, para no dar conmigo en el pavimento; tal fue el efecto que me causó su presencia.»

Las doncellas que rodeaban a la señora de sus pensamientos burláronse de tan extraño modo de amar, y a Beatriz no debió de parecerle muy bien la extremada cortedad de su amante, cuando éste escribió en uno de sus sonetos; «No os riais de mí, señora, que mi turbación no nace de otra cosa que de haber contemplado vuestra hermosura.»

Hay quien dice que el amante más delicado, es decir, el prototipo de los enamorados castos y pudorosos, fue el Petrarca; pero después de leer *La Vita Nuova* hay que convenir en que Dante en este punto rebasó los límites del éxtasis y del respeto. Acaso esto mismo influyó para que aquellos amores quedaran reducidos a una mera contemplación sin correspondencia.

Hay que buscar también en las corrientes de la época la razón de los miedos pueriles de un soñador que en su edad proyecta debía demostrar, no sólo una gran virilidad y presencia de ánimo, sino también una tendencia licenciosa propia de su vida accidentada y de lucha perpetua. Inspiraban por aquel tiempo a los poetas provenzales Dulcineas imaginarias, y era cosa común y corriente que se enamorasesen de damas que habían visto una sola vez en el adarve de un castillo feudal, o que habían pasado a su lado como estrella fugaz o ave viajera. Esto tenía la ventaja de poder poner sus ojos en reinas y princesas, en damas de distinción y elevada alcurnia, fuesen viudas, casadas o

doncellas. Los esposos veían estos amoríos esencialmente platónicos con la delectación del orgullo, y los padres y deudos se creían muy favorecidos con que las hembras de su linaje inspirasen los cantos de los maestros de la gaya ciencia.

Ya en la época de Petrarca, Italia se preparaba para el reinado del libertinaje, y Boccacio encontraba ocasión para fundamentar sus libres y punzantes historietas; por eso cuentan las crónicas que el marido de su Laura llegó a avisarse con la nube de sonetos y canciones que se dirigían a su costilla, y hubo de sacar el Cristo, como se dice vulgarmente.

Alighieri, por el contrario, dirigiéndose a una dama con quien estaba casi relacionado, a la que podía aspirar por su valía y por su porvenir, no traspasa los límites del idealismo más perfecto, y encuentra el tipo del amor extático, al que se apasiona por completo. Beatriz, tan aérea, tan delicada, tan hermosa, jamás tiene para él envoltura terrena; su respetuoso cantor es semejante a aquel hijo de las selvas enamorado de una mariposa, y que se corta las manos para no caer en la tentación de robarle el polvo de las alas.

Después de arrastrar largo tiempo sus inútiles cadenas amorosas, los presentimientos del poeta se cumplen. A la muerte del señor de Portinari, padre de Beatriz, sigue el fallecimiento de ésta, que hunde al amante doncel en un infierno de dolores. A contar desde este punto, el carácter y la musa del Dante se transforman, y ya se presiente de cuerpo entero al cantor de los círculos infernales. «*Quo modo sedet sola civitas*» exclama con Jeremías; parece leerse sobre su acongojado corazón el terrible *lasciate ogni speranza*.



7

### III

A trueque de despertar, como Lamartine, las iras de los encomiadores del gran poeta, hemos de repetir que sólo a contar desde la fecha de la muerte de su amada deja el Dante de escribir puerilidades.

Por muy bellas y delicadas que nos parezcan algunas de sus baladas y de sus sonetos infantiles, no hay en ellos esos relámpagos de inteligencia ni esas pinceladas de artista que se revelan después poderosamente en *La Divina Comedia*. No parece sino que la muerte de Beatriz abrió para él las misteriosas puertas de lo desconocido, franqueándole la senda del porvenir y descorriéndole el velo sin bordes del infinito.

Que este dolor había de ser para él la única musa, se presiente en un trozo de las Memorias que hemos ojeado.

Sueña que muere su amada, adelantándose a la realización de tan triste suceso, y dice: «Desfallecí de tal suerte, que, cerrando los ojos, me entregué a un frenético delirio; veía pasar sombras de mujeres con los cabellos destrenzados, y horrendas figuras que me gritaban *"Has muerto"*. En esta conmoción de mi ser llegué a ignorar dónde me hallaba. Pasaron otras mujeres desgreñadas, silenciosas y vertiendo llanto; obscurecióse el sol y dejó ver las pálidas estrellas; las aves cayeron a tierra cuando aleteaban con todo el poder de su vuelo, y oyóse el sordo estridor de un terremoto.»

Entre los pasajes de *La Vita Nuova*, posteriores a la muerte de Beatriz, es acaso el más bello el del primer aniversario.

Dante, que empieza a huir de las gentes, hállase en uno de sus retiros favoritos, que ya sabemos eran los alrededores de Florencia, pensando en su amada y *dibujando un ángel en unas tablillas*. Dos importunos vienen a interrumpirle, y él, abstraído en su dibujo y en sus recuerdos, se levanta para saludarles, diciéndoles: *"Otra persona me preocupaba ahora a mí."*

Necesitó Dante que los acontecimientos y trastornos en que tomó parte, y que serían prolijos de enumerar, llenasen de alguna manera su corazón y su cerebro para que se eclipsasen un tanto en él los amorosos recuerdos de la bella hija de los Portinari. Las luchas por la independencia de su patria, los cargos públicos que desempeñó, su proscripción y los desengaños que la desgracia y la traición sembraron en su camino, le curtieron y le endurecieron. Su musa, delicada e infantil, se fortificó y se vistió de acero; los goces de la disipación sirviéronle de lenitivo en los momentos más desesperados, y le hicieron descender por algún tiempo de las regiones ideales y metafísicas en que se cernía de continuo. Contrajo matrimonio con una hermosa y carnal florentina, de la que tuvo, según afirma su cronista Boccacio, siete hijos; peleó como un bravo y no como un poeta, y sufrió con la sonrisa en los labios el hierro y el fuego que fustigaron su hogar y esparcieron las cenizas.

8



GIOVANNI BOCCACCIO

Su agua lustral fue, sin duda, la del Arno, cuando tuvo que abandonarlo y verlo sólo en sus sueños de proscrito. Lejos de Florencia, precisado a vivir a costa de Mecenas y tiranos, llegó al fin a fijarse en Rávena, donde le dio cariñoso asilo el célebre Guido de Polenta. Allí empezó a despertar de nuevo aquella musa ya avezada a las luchas de la vida y a las extravagancias de la pasión; allí se manifestó para asombro de los siglos el autor de *La Divina Comedia*.

Cerca de Rávena había un pinar espeso, desde el cual se divisaba el Adriático, que las dos osas rozan con sus túnicas de tibios reflejos; en aquel lugar apacible y sombrío comenzaron a brotar esos tercetos labrados como las copas que más tarde cinceló Benvenuto Cellini, y que, como aquéllas, asombran aún por su tersura y brillantez. El mismo Dante nos refiere la extrañeza con que los pescadores y las *ciocciaras* veían a aquel paseante mudo y solitario, que envuelto en su parda reste discurría sin mirar a nadie bajo los pinos. Poco tiempo después, y cuando ya era conocido su original poema, los que le topaban en el camino se decían señalándolo con el dedo: «*He allí al viajero del Infierno.*»

El melancólico reposo de aquellos días trajo sin duda de nuevo a la imaginación de Dante los cándidos amores de sus primeros años y la ideal belleza de Beatriz, dechado de pureza que había partido de la tierra sin tocar en el lodo. La estrella de la tarde brillando a través de los pinos y reflejándose en las olas azules del Adriático, le recordaron los relámpagos tibios de sus ojos; las nubecillas rojas del ocaso, que parecían bañarse en las aguas, la túnica de escarlata que vestía cuando a la hora de nona se le apareció por primera vez.

Dante tuvo necesidad de unir aquella forma aérea, aquella virtud con cuerpo, aquella hermosura ideal a su obra favorita, y con este propósito dio entrada a Beatriz en *El Purgatorio* y *El Paraíso*. Su inspiración, que había tomado ya el vuelo del águila y la fuerza del torrente, que se manifestaba viril y atrevida hasta el punto de penetrar los abismos y medir los cielos, halló en su muerta amada un raudal de bellas creaciones.

No es preciso que exista *La Vita Nuova* para que Beatriz sea inmortal; basta para ello un reducido número de tercetos de *El Paraíso*, El poeta ya no siente los pequeños dolores, no se abisma en infantiles quejas, no se confiesa de pecadillos veniales. Hállase ante su amada, y no vela su olvido y sus culpas; llora con el corazón, no con los ojos.

Pero veamos cómo se nos presenta Beatriz en la primera parte del poema.

Brillaban sus ojos como estrellas; en su semblante se reflejaban el encanto y la paz; con voz de ángel dijo a Virgilio en lengua de cielo:

« ¡Oh alma compasiva de Mantua! el amigo de mi corazón se encuentra allí, en la playa desierta; tan dudoso está al emprender su camino, que el temor le hace volver sobre sus pasos. Ve, pues; exhórtalo con tu palabra suave, y auxíllale en el camino de la salvación para que yo me regocije aquí.»



Sólo por esta invitación de su amada, que le comunica Virgilio, se atreve Dante a luchar con la bestia, y penetra con paso firme por los círculos infernales. La imagen de Beatriz, semejante al ángel guardián de los niños, le hace soportar los horrores de la mansión de los réprobos; el manto de la beatitud le preserva de la racha de viento, del precipicio y de la llama.



En el Purgatorio, al salir de una selva encantada y al otro lado de un límpido arroyuelo, Beatriz se aparece en todo el esplendor de su belleza y le reprocha sus olvidos y sus infidelidades. Hablando con las almas que la rodean, les dice, recordándoles las ofensas que le infirió después de muerta: «Cuando dejé la carne y fui transformada en espíritu, se separó de mí para entregarse a otras.»

« ¡Ay de mí!, responde el culpable; lo que se ofreció a mis ojos cuando se obscureció ese hermoso rostro, engañóme con su falso brillo.»

Beatriz parece gozarse después en recordarle los atractivos carnales que poseyó en la tierra, y en un rasgo de femenil amor propio deleitase en deprimir a las amantes que la sucedieron. Dante, avergonzado como un niño, bajó los ojos y no se atrevió a alzar ante ella la cabeza. La divina aparición dijo al consternado poeta: «Puesto que sufres tanto al oír mi voz, levanta la barba y sentirás dolor más vivo al contemplarme.»

Al aparecersele Beatriz en toda la plenitud de la forma espiritual, que le eclipsaba su propia belleza terrena, el arrepentido amador olvida cuanto le ha deleitado, siente punzar su corazón la ortiga del remordimiento, y aborrece *todas las cosas que le apartaron de ella*.

Desde aquel momento vuelve a ser Beatriz la dulce amada y compañera del Dante, y con tan dulce unión se abren para ambos las puertas del Paraíso. Ella alza los ojos y él se mira en ellos; Beatriz le reprende cariñosamente diciéndole estas frases inimitables: « ¡Mira hacia arriba porque no está sólo en mis pupilas el Paraíso!»

Los astros, semejantes a perlas líquidas, les dejan penetrar en su seno, como penetra en la gota de agua el rayo de luz; las florestas vírgenes separan sus brazos cargados de ricos frutos para abrirles paso; sus diálogos sostenidos entre coros de espíritus no conservan ya las trazas groseras de la tierra. Dante y Beatriz se compenetran, hállanse unidos en místico maridaje; fuera de ellos no existe ni la delectación del amor ni de la inteligencia. ¿Qué se hicieron las pobres mujeres víctimas en el mundo de las perfidias del Dante? ¡Acaso cometió la inmensa falta de abandonarlas en algún círculo de su Infierno!

Merced a la castidad y beatitud que velan como gracioso nimbo tan delicadas correspondencias, Dante y Beatriz serán siempre los progenitores de Laura y Petrarca, Eloísa y Abelardo, Isabel y Marcilla, Tasso y Eleonora, llevando a todos ellos notable ventaja.

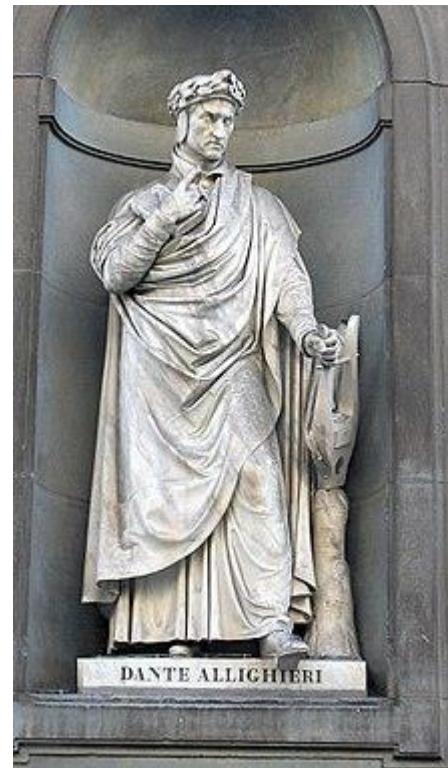
La pureza simbolizada en Beatriz no admite gemelas en ninguna de las amantes citadas; es tan difícil hallar en el mundo real un tipo que se le asemeje, que nos veríamos muy apurados para señalar el arquetipo o molde primero; hay que advertir, sin embargo, que ella fue tal como el poeta quiso que fuese; él la rodeó de la impalpable coraza de la beatitud; él la preservó con el escudo del más fino respeto; él hizo eterno su recuerdo y le labró con versos un pedestal de gloria.

Ya hemos demostrado, aunque ligeramente, que entre la candidez y delicadeza que respiran los sonetos y baladas en *La Vita Nuova*, y los conceptos vertidos en canciones y rimas por el presuntuoso y culto Petrarca, hay notable diferencia. La fama de los versos amatorios que hay quien rinde entera al amante de Laura, puede disputársele perfectamente al amante de Beatriz. Las primeras rimas del autor de *La Divina Comedia* son más sencillas y delicadas, y las posteriores más brillantes y más tiernas.

Para buscar dos tipos semejantes a Beatriz y el Dante nos es preciso, cosa extraña, remontarnos a los primeros poetas árabes. La historia de Dschenil y de Botheina tiene con la de Beatriz Portinari y el vate florentino muchos puntos de contacto.

En ella encontramos la misma ideal pasión, el mismo incomprendible respeto, tanto más de notar en el árabe que en el etrusco. El sol de oriente y la libertad de costumbres de la tribu habían de dar pábulo a sus deseos y propensiones; a pesar de esto, palpitan en los amores de Botheina y Dschenil esas delicadezas del amor primero que Milton adivinó en *La Vita Nuova*, y que con su gran talento desarrolló en las soledades del Edén y no en las ciudades populosas de Inglaterra.

En el solitario oasis, bajo las palmas, cerca del gran mar de arenas, resuena la cítara de Dschenil, que canta las gracias de Botheina. Procede el poeta de la famosa tribu de los *Usras* "que mueren amando" y llora los rigores de unos padres enemigos que le separan de su gacela.



Botheina le adora; burlando la vigilancia de su familia, baja a ver a su amante un valle perfumado y solitario; pero a pesar de la gran pasión que ambos sienten y de los ardientes deseos que les devoran, permanecen castos y buenos; apenas si Dschenil se atreve a estrechar su mano<sup>i</sup>.

Cuando más esperanzas tenían de unirse en estrechos vínculos, Dschenil cae gravemente enfermo, y viéndose a las puertas de la muerte, encarga a un amigo que lleve sus ropas, como postrero tributo, a la cabaña de su amada.

Cuando Botheina recibe el presente mortuorio, *pálida como la luna*, se hiere en el rostro y cae desmayada en los brazos de las mujeres de la tribu.

Desde entonces no cantó más.

B. MAS Y PRAT.

19 Febrero 1887."

El conocimiento y la cultura de nuestro paisano Mas y Prat se refleja una vez más en el artículo que acabo de reproducir. Sería conveniente para conocer, después de su lectura, con más profundidad y rigor el mismo, saber simplemente quién era Dante y lo relativo a su obra *La Divina Comedia*, y entonces comprenderemos la calidad literaria del autor de este artículo titulado "*La Beatriz del Dante*".

Que lo disfruten, como yo lo he disfrutado al leerlo y reproducirlo, mucho más, cuando ello lo he hecho dentro del final de esta hermosa primavera ecijana, que es la florida y perfumada puerta del famoso verano astigitano.

<sup>i</sup> Sehavah, trad, por Valera.